

## LA MUERTE DE UN POETA INMENSO (SEAMUS HEANEY)

Recuerdo aquella mañana soleada en Oviedo, en el portal de un hotel situado en la calle Fruela, cuyo nombre no recuerdo, en presencia de Seamus Heaney, poeta que desde que supe de su obra me ha parecido de una dignidad, valga decir, superior. Seguramente haya contribuido, y no poco, a mis buenas impresiones en torno a este Premio Nóbel el hecho circunstancial de tratarse de un escritor irlandés. De pronto, no es baladí que un país con escasamente cuatro millones de habitantes (hoy) aporte de momento cuatro premios Nóbel (además de Heaney, ahí están Yeats, Shaw y Beckett). Pero no solo eso, empieza a resultar ocioso mencionar la importancia literaria de la patria irlandesa (además de los citados, tenemos a Swift, Wilde, Joyce, O'Brien, Banville...) Quizás para un irlandés sea obligatorio pasar por la piedra de Blarney que, ya se sabe, obsequia con el don de la elocuencia a quienes se doblegan ante ella y le dejan un beso.

Pues bien, acabo de enterarme de la muerte de Seamus Heaney, y lo más sorprendente para mí fue el hecho de que la noticia me haya llegado a través del *Magazine Littéraire*, cuando pienso, así lo procuro, estar debidamente informado con las noticias que los medios de comunicación, en sus diferentes soportes, airean en este país antiguamente llamado España. ¿Qué sucede en Aquí, antes España?...

El hecho viene a justificar mi voluntario apartamiento de la vieja necesidad de estar informado. Es por voluntad propia que cada día que pasa busco menos información general, me refiero a la información de las cosas que pasan, y lo más sorprendente es que no dejo de hallar justificación a esta decisión mía de profiláctica sordera.

A la mierda los Bárcenas y los ERES fraudulentos y las bravuconadas nacionalistas y la sexualidad de balcón con maceta de los famosillos sin causa y esos brotes verdes que nadie recoge porque nadie los ha sembrado antes en verdad... A la mierda las costumbres *telediarías* en una sociedad más que nunca *alvarezquenterista*.

Una prensa que apenas me avisa del fallecimiento de un "amigo", poeta universal, no me sirve de nada. Ahí se queden los opinólogos de tres centavos, los columnistas calumniadores, los editorialistas de la paja en ojo ajeno y los comunicólogos *in extenso*. Seré capaz de vivir sin ellos, pues respiraré mejor alejado de su contaminante presencia. Y si no, prefiero el convento. Que no me haya avisado de la muerte de Heaney es algo que no le perdono a la prensa de Aquí, antes España.

Las televisiones de mi país no encuentran hueco entre tanto cotilleo baladí para anunciar la muerte de un poeta inmenso. Vivo en un país donde los periódicos no ven la ocasión de hacerle el sitio que se merece la muerte de un poeta inmenso. Los blogs de mi país no logran desviar la mirada de su propio ombligo, oblongo como la espiral centrípeta de todos los infiernos. Los suplementos, que antes eran literarios y ahora ni se sabe lo que son, no se atreven a reunir tres palabras, y alguna más, para transmitir un sentimiento natural tras la muerte de un poeta inmenso. Los catedráticos de mi país eran aquellos *clarines e hijos, S.L.* que ahora, representados por sus bisnietos jubilados con anticipación desvergonzada, van dejando impunemente estos lodos por toda herencia administrativa e indolente, a su vez transmitida a sus propios hijos. Las tertulias de mi país ni siquiera llegan a convocarse por falta de tiempo, eso aducen sus miembros cada vez que atisban la posibilidad de tener que decir cuatro obviedades acerca de la muerte de un poeta inmenso, peor aún, de un libro...; habrase visto mayor pérdida de tiempo... *La noria*, por fortuna, ya no existe, no fueran a caer en la tentación de utilizar, con toda la demagogia presumible, la muerte de un poeta inmenso para echarle la culpa a los de siempre.

Heaney murió a los 74 años. La muerte de un poeta inmenso suena a título inteligente de película centroeuropea años setenta. El poeta y su olvido sería una frase adecuada para definir una dejación de obligaciones. ¿Qué es un poeta?... Si nadie lo pregunta, la respuesta siempre será imposible.

Aquel hombre de rostro rubicundo y bucles plateados por cabellera, en la ovetense calle Fruela, se ha instalado en mi memoria con la máscara del demiurgo bonachón y risueño. Hoy un libro de poesía solo sería posible traducirlo con los silencios semánticos de Heaney.

He tenido que viajar a una revista francesa para enterarme, por casualidad, de la desaparición definitiva de un poeta inmenso. Y es que a uno la desaparición definitiva de un poeta inmenso le sigue pareciendo, cuando menos, una noticia.

A tomar por... (Siempre nos quedará París)